

Crónica de la semana

Nada ha cambiado, todo es diferente

Finales de 1965. Elecciones presidenciales en Francia.

¿Se presentará o no se presentará el general De Gaulle? La primera vuelta debe celebrarse el 5 de diciembre. El 27 de octubre, al término del Consejo de Ministros, el titular de Información, M. Peyrefitte, anuncia que el presidente se dirigirá a los franceses a través de la televisión el 4 de noviembre. Los periodistas le acosan a preguntas en torno a las intenciones del «salvador de la Patria». Peyrefitte termina encogiéndose de hombros: «Nosotros, los ministros, estamos tan intrigados como ustedes.»

La escena se repite una semana después, cuando el 3 de noviembre vuelve a reunirse el Gabinete. «Al finalizar la reunión —explica Peyrefitte a los informadores—, el general De Gaulle ha repetido que mañana se dirigirá a la nación y que los ministros forman parte de la misma.» Ni siquiera el primer ministro Pompidou conocerá el veredicto hasta el mediodía del día 4, pocas horas antes de la alocución. Por la noche toda Francia está pendiente del televisor. De Gaulle anuncia su propósito de presentarse a las elecciones, mediante un parlamento de ocho minutos cuya filosofía quedará resumida por la Prensa de la siguiente manera: «O yo o el caos.»

La misma tarde del referéndum, cuando las primeras cifras sugerían ya un índice de abstención superior a lo esperado, un miembro del Gobierno solicitó del presidente Suárez que no prolongara más de lo técnicamente imprescindible la incertidumbre del país en torno a la alternativa investidura-elecciones generales. Tras escuchar su planteamiento, el presidente vino a responderle de este modo: «Anunciaré mi decisión el primer día en que me encuentre en condiciones de hacerlo.» Ni Torcuato Fernández-Miranda podía haber contestado mejor. Si Suárez hiciera caso a su interlocutor, la incógnita podría despejarse antes de Nochebuena. Pero el hubiera que apostar, y después de escuchar a algunos de los componentes del reducido círculo íntimo de la Moncloa, yo pondría, sin embargo, mi dinero sobre la semana inmediatamente posterior a Reyes.

Lo de Charles de Gaulle venía de antiguo. Ya en 1932 en su libro «Le fil de l'épée» incluye una frase que resume mejor que ninguna otra su teoría del Poder y que, de hecho, le servirá de divisa a lo largo de toda su vida pública: «La autoridad requiere del prestigio y el prestigio requiere de la distancia.» En el mismo capítulo añade: «El prestigio no puede prescindir del misterio porque se reverencia poco lo que se conoce demasiado bien, y no hay gran hombre para sus sirvientes... En consecuencia, es necesario que en los proyectos, los modales, los movimientos del espíritu, quede un elemento que los otros no puedan captar y que los intrigue, los conmueva y los mantenga en suspenso... Un sistema de no sincerarse, una actitud de guardar para sí alguna sorpresa secreta que en cualquier momento puede intervenir.»

«La única persona que conoce lo que hará el presidente del Gobierno es el propio presidente del Gobierno», explicaba la nota verbal de la Secretaría de Estado para la Información publicada el domingo pasado en ABC. «Es conocido el cuidado que ponía Napoleón en mostrarse siempre en condiciones tales que conmovieran los espíritus», escribe De Gaulle en su libro.

□ PARTE DE GUERRA PARA EL DÍA 1.111

Georges Moustaki suele incluir en sus recitales un bello poema que él mismo ha escrito y musicado, cuyos dos primeros versos me parecen la mejor descripción de las características de la situación en la que hoy se encuentra España. «Rien n'a changé, et pourtant tout est différent; rien n'est pareil et pourtant tout est comme avant», explica el cantautor griego. Algo muy parecido dijo el presidente Suárez en su intervención televisada del lunes, y ésa era desde luego una de las tesis capitales del artículo de Luis María Anson que llenaba la tercera página de la edición en color lanzada por este periódico al día siguiente del referéndum.

Portada de una de las ediciones que el pasado jueves publicó ABC con motivo de la celebración del referéndum constitucional.

«En el día de hoy —comenzaba el presidente de la agencia Efe—, conocidos los resultados de las urnas libres, maduro y expectante el pueblo español, la transición ha terminado.»

No es que España se acostara el miércoles autoritaria, para levantarse el jueves libre y democrática. Ganar la libertad cuesta incluso más que ganar una guerra. Si nuestra contienda civil se comió a dentelladas novecientos ochenta y seis días de nuestra historia, la transición ha precisado de mil ciento once. Felizmente, una y otra etapa tienen su comienzo y su final. Si los ultras más radicales siguen repitiendo esporádica, esporénticamente, que la guerra no ha terminado, los comunistas han anunciado ya que para ellos la transición no concluye con el referéndum constitucional y que la consolidación de la democracia precisa ahora —¿cómo no topar con esta monocorde cantilena?— de un Gobierno de concentración que asegure la pervivencia del consenso. Bueno será que quienes verdaderamente amamos el pluralismo nos apresuremos a levantar una tupida valla en torno a esos cuatro «unos», altos como postes, y le clavemos encima, como ha hecho Anson, un último parte militar.

□ EL DIEZ POR CIENTO DE LO «IMPOSIBLE»

Hace unos meses se me invitó a comentar en un programa de televisión aquella frase pronunciada por el presidente Suárez en la que aseguraba que «hemos hecho todo lo posible y el 90 por 100 de lo imposible». Lo que dije entonces, y repito ahora, es que ese 10 por 100 de lo «imposible» que resta por hacer condiciona el balance de todo lo demás. Por muy polémicos que resultaran en su momento, todos los gestos y decisiones de la transición quedarán justificados si a partir de ahora la democracia española funciona. Todo habrá resultado baldío y la operación quedará descalificada en su conjunto, si el país continúa destrozándose, en cambio, lenta pero inexorablemente, hacia situaciones insostenibles.

Las cosas no van bien. Eso es indiscutible. Y no hace falta apoyarse en datos objetivos sobre la escalada terrorista, el desánimo inversor, el número de parados, las cifras de asistencia a los actos de la ultraderecha o la preocupante abstención en el referéndum. El hombre de la calle tiene la impresión de que

Crónica de la semana

● Fernández Ordóñez está decidido a abandonar el Gabinete en el caso de que el presidente opte por mantener el actual equilibrio inestable a través de la investidura

Las cosas no van bien y eso es lo que cuenta.

Mientras el país esté atezado por el pesimismo y la desconfianza será imposible levantar de verdad ese «edificio nuevo» del que hablara el presidente Suárez en una afortunada intervención ante el Parlamento. Es urgente dotar a nuestra Patria de un proyecto político capaz de ilusionar a los ciudadanos y de generar ese verdadero consenso nacional que nace del convencimiento y de la esperanza más que del pacto y del término medio.

En mi opinión está muy claro que para ello es imprescindible introducir algún elemento corrector, algún elemento nuevo, en el «statu quo» político. Que nadie piense que por el mero hecho de que tengamos Constitución las cosas van a arreglarse por sí solas. Es posible que se produzca una desaceleración del ritmo de atentados, pero la infraestructura del terror seguirá estando ahí, dispuesta a continuar minando gradualmente los fundamentos del Estado. Podrá suscitarse una ligera brisa de confianza que traiga consigo algunas inversiones, pero nuestra economía permanecerá postrada en tanto no se despeje de forma positiva el confuso horizonte general.

□ EL FINAL DE UN CAPITULO, EL COMIENZO DE OTRO

Seguir como hasta ahora sería ir de mal en peor. Esta premisa me parece irrefutable. El actual equilibrio político —y no me refiero sólo al equilibrio de los números, hablo también del equilibrio de las actitudes— y, sobre todo, la actual manera de gobernar tenían sentido en función de las necesidades del tránsito. De forma deliberada, y en cierto modo comprensible, el Gobierno de U. C. D. ha renunciado por sistema a presentar soluciones propias, necesariamente controvertidas, que hicieran peligrar el pacto socio-económico, primero, y el pacto constitucional, después.

El precio ha sido alto, pero habrá merecido la pena pagarlo si el engranaje de la democracia ha quedado suficientemente engrasado. La promulgación de la Constitución debe suponer, en cualquier caso, el final de un capítulo y el comienzo de otro. Porque nada ha cambiado, pero todo es diferente. A pesar de que Carrillo y sus adláteres se empeñen en repetir incansable y monolíticamente ese significativo argumento, tan de moda durante el régimen anterior, de que el país aún no está preparado para emprender libremente el vuelo, es obvio que la democracia sólo se aprende practicándola y es obvio que ya hemos esperado bastante.

La más elemental de las reglas del pluralismo político es la que dispone la alternancia en el Poder de las distintas opciones políticas en función de los resultados electorales. Y me refiero a opciones diferenciadas y en buena medida excluyentes. La reversibilidad de toda relación entre mayorías y minorías garantiza que esa senda no desembocará en ningún caso en la quiebra del Estado y coloca a los gobernantes ante el derecho y la obligación de intentar solucionar los problemas a partir de sus propias ideas y aun corriendo el riesgo de equivocarse.

Necesitamos poder contar cuanto antes con un Gobierno que gobierne con un programa propio y con el sustento de lo que el presidente ha llamado una mayoría parlamentaria

«suficiente». Ese debe ser el gran elemento corrector a introducir en la situación política y ese debe ser el objetivo fundamental que debe estar en la mente de Adolfo Suárez a la hora de optar por la investidura o las elecciones generales. Una y otra alternativa carecen de bondad o maldad intrínseca. De lo que se trata es de descubrir cuál de las dos vías desembocará mejor en el efecto deseado.

□ FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ, CONTRA LA «TEORÍA OCEÁNICA DEL CENTRO»

Todos los observadores parecen coincidir en que los resultados del referéndum descartan las elecciones generales a corto plazo. No conocen al presidente. Algunos alegan incluso que la mejor prueba de ello es el hecho de que Fernando Abril se haya manifestado y públicamente en favor de la investidura. No conocen a Fernando Abril. La excepción a la regla la constituye uno de los mejores analistas políticos del país que, por razones sin duda coyunturales —al menos eso esperamos los del gremio—, no ejerce en estos momentos como tal. En su opinión, las líneas maestras de la decisión quedaron ya firmemente trazadas en la mente del presidente durante sus días de reposo veraniego en alta mar. Complementariamente, me permitiría remitir, a quienes tengan paciencia o memoria suficiente, al título de la crónica publicada en estas mismas páginas el domingo 27 de agosto.

Por otra parte, el sector que dentro del Gobierno es partidario de las elecciones generales tal vez haya quedado algo mermado en efectivos tras el referéndum, pero ha ganado desde luego muchos enteros en firmeza. El principal paladín de esa alternativa es el ministro de Hacienda, Francisco Fernández Ordóñez, cuyo análisis le lleva a considerar los nuevos comicios como algo quizá poco deseable, pero absolutamente imprescindible. Tanto es así que está firmemente decidido —es posible que incluso se lo haya comunicado ya al presidente— a abandonar el Gabinete en el caso de que se pretenda prolongar el actual equilibrio inestable, mediante una investidura sin más apoyo que el de la Minoría Catalana y unos cuantos diputados desperdigados en diversos grupos parlamentarios.

Fernández Ordóñez piensa que sólo a través de unas nuevas elecciones podrá llegarse a un Gobierno con mayoría absoluta en el Congreso y posibilidad de actuar con esa «autoridad» y esa «energía» —once veces repetidas por Ansón en su artículo, once veces más deberían reclamarse cada día— que la gravedad del momento requiere. El ministro de Hacienda reconoce que, teniendo en cuenta los condicionantes del sistema electoral, ese Gobierno tendría que ser de coalición y admite que el apoyo más lógico de U. C. D. debería ser la llamada «derecha progresista» en el caso de que obtenga una representación parlamentaria suficiente. A este respecto, Fernández Ordóñez viene siguiendo con especial atención los últimos movimientos políticos de Alfonso Osorio y José María de Arellano.

Tal conclusión puede parecer extraña en el ánimo del líder de la tendencia que ocupa el flanco izquierdo de U. C. D. La gran obsesión de Fernández Ordóñez es, sin embargo, la de proporcionar al país una plata-

LA FRASE DE LA SEMANA



JESÚS VIANA:
«La coacción que ha esgrimido el P.N.V. basta para descalificar a un partido democrático»

forma estable de Gobierno y ello le hace ser consciente —frente a lo que él llama la «teoría oceánica del centro», sustentada por algunos de sus compañeros de partido— de que tal objetivo no puede conseguirse sino mediante la adición de varios sumandos. Si bien sus planteamientos autonómicos quedan fuera de toda cuestión, el ministro de Hacienda consideraría inoportuna cualquier alianza con las minorías catalana y vasca durante el período de elaboración de sus respectivos estatutos.

Aun pasando a veces por hombre dubitativo e inseguro, Fernández Ordóñez —tal vez el personaje con más ascendiente dentro de U. C. D. después de Suárez— parece dispuesto en esta ocasión a llevar su postura hasta el final. En el caso de que el presidente opte de forma contraria a lo que él considera que son las necesidades de la actual encrucijada, está considerando ya diversas alternativas. Entre otras posibilidades, Fernández Ordóñez baraja la de abrir un paréntesis en su carrera política, la de continuar trabajando en el seno de U. C. D. sin responsabilidades directas y, más remotamente, la de poner en marcha un partido socialdemócrata, capaz de gobernar tanto con el centro como con los socialistas.—Pedro J. RAMÍREZ.